

El sueño

Por: Saner

Yo vi que esto sucedió hace mucho tiempo... en un sueño.

Sí, desde aquella velada, yo me atrevo a afirmar que en este mundo las cosas que consideramos misteriosas no eran tan raras antes. Cosas cómo la magia o la hechicería, los seres fantásticos, fenómenos sobrenaturales. Dioses entre hombres. Un mundo tan fascinante que existió, quizás, alguna vez. Cómo esta historia que les contaré.

-¿No lo ves? – Dijo una de ellas apuntando al cielo – te dije que sería un día precioso. Ni una nube, mira - La otra obedeció, alzando la vista.

-Sí... es un día bello - respondió su compañera tras un breve tiempo.

Se abrieron paso entre imponentes abies, abetos y orgullosos abedules. Vi que se movían entre hiedra, lirios y helechos; con la gracilidad y seguridad propias de los que conocían cada peñasco y vegetal de aquél laberinto natural.

- Llegamos, este es el lago – Dijo un tras una larga espera. - ¿No es precioso también?

Lo era. El gran espejo de aguas tranquilas que reflejaba picos nevados al horizonte. Un característico islote en medio, dónde se rumoraba, existió una torre alguna vez. Los juncos que enmarcaban las aguas en un sinfín de matices verdes y pardos.

-¿Sabes que ahora a este lugar lo llaman “El lago de la Dama”? – continuó la primera mientras se bamboleaba hacia la orilla. - Y que en ella reside una hermosa mujer que da regalos a los hombres. – Enfatizó con exagerado sarcasmo

-Sí – Afirmó la jovencita que la seguía – La hermana Nimue ¿verdad? Se refieren a ella ¿no?

-Sí, por supuesto. – Contestó la otra con desdén – Y ahora averiguaremos a que viene tanta bondad.

La más burlona emitía un aura inquietante, fuera por sus expresiones o por que empezaba a coger una variedad de piedrecitas en su camino a la orilla.

-¡Nimue sal de una buena vez! – dijo imperiosa mientras las rocas distorsionaban la superficie cristalina.

-Mirla, espera, no deberías dirigirte a ella de esa manera, este lago es suyo...

-¿Y? Sigue siendo agua, no hay nada que yo no conozca.

-Por favor, no la molestes... - suplicó la acompañante.

-Deberías oírla hermana – Ordenó finalmente una voz retumbante - No tengo nada que discutir contigo.

-Oh, te pido disculpas, querida. – Dijo Mirla– Ojalá pudiera decir lo mismo a las personas que vienen a mis afluentes, creyendo que yo voy a regalarles un hacha de oro o alguna baratija estúpida ¡¿Pero en qué pensabas?! Vamos díselo Ysenna.

-Bueno, a mí me dejan ofrendas y sí me gustan. – Contestó nerviosamente la llamada Ysenna – Pero no puedo tomarlas, yo no tengo nada para ofrecerles.

-¿Eso es todo? – Increpó Mirla

-También por las noches, organizan partidas buscándome. Tuve que dejar mis aguas desprotegidas y mis cauces empiezan a extinguirse...

-¿Y si las encontraran? – cuestionó repentinamente Nimue.

- ¿Cómo dices? ¿Acaso has enloquecido? Nuestra existencia no debe ser revelada. Nunca fue una opción.

-¿Y si las encontraran? – Dijo una vez más Nimue al salir. Las gotas de agua se deslizaban en su piel cómo la superficie de una hoja – ¿Y si nos encontraran?

-No lo sé... - respondió Ysenna.

-¡Yo sí! El pecado del hombre llegaría a lo último de este sagrado mundo, a las divinidades cómo nosotras. Somos el último bastión de vida en este mundo ¿puedes entenderlo?

-No – Respondió calmadamente Nimue – Creímos mucho tiempo que era así. Pero ellos son criaturas como nosotras. Hechas por el creador con un fin. Todos tenemos un propósito. Y lo mejor que podemos hacer es unirnos en pos de un mundo mejor, para todos.

-Veo que sabes demasiado para vivir debajo de un lago. Entonces seguro que sabes que con cada día que pasa invaden nuestros santuarios ¿Sus santuarios! – Exclamó furiosa Mirla - ¿Su naturaleza es egoísta y destructiva! ¿Luego vas tú y le regalas un hacha a uno?!

-Los conozco también hermana. Pero en ellos reside también la bondad, la piedad, la honestidad. – Remarcó la voz con un tono dulce – Pude verlo. A este hombre, lo que cuentan es verdad, sabía a lo que me arriesgaba. Yo pude hechizarlo, pude ahogarlo. Pero me contuve. Fue impulsivo y yo no...

-No voy a oírte más, sólo vine para advertirte. Evita hacernos más daño. No queremos ser halladas. Todas piensan lo mismo y con razón, no nos involucre. Tenemos el deber de cuidar este mundo.

-Nos destruiremos. – Reanudó Nimue – Este deber, este deber que eligen destruirá todo cuánto defendemos.

-No es culpa nuestra. Escúchame. Ellos creían y aún creen que somos leyendas y mitos. Déjalos que sigan creyéndolo. Y si algún día las cosas cambian, tal vez pueda hacerlo yo. Pero no he visto nada que realmente merezca la pena. Nada.

Mirla no esperó respuesta. Se giró con rapidez, llevándose aquella tensión y la fuerza en sus palabras. Todo era demasiado vívido para que sólo fuera un sueño.

-Ojalá puedan perdonarme... – murmuró finalmente Nimue.

-Uno de sus ríos desapareció. – Empezó Ysenna – No dejaba de maldecir a los hombres por ello. Vino a mí un día y me pidió que acrecentara el cauce de uno de mis ríos. – La voz de Ysenna era cada vez más melancólica – Dijo que sería una advertencia. Me dijo que ellos lo entenderían, yo la obedecí, yo... muchos murieron.

El silencio fue largo, y el día avanzaba. El sueño más largo de mi vida.

-Fue entonces que lo entendí hermana.

-¿Qué entendiste?

-Que yo también soy humana.